

JAQUE O MATE

Un Uber recorre la ciudad a gran velocidad. No respeta ningún semáforo ni señal, y todos los radares saltan a su paso. A Bruno, el conductor, no le importa. En 40 años como trabajador, ha vivido de todo; pero nunca lo de esta noche.

MADRID; 06:30 de la madrugada de un frío miércoles de diciembre.

A pesar de eso, Bruno suda como si hubiese realizado "La Escurrialense", tanto que ni siquiera puede controlar bien el volante.

- Todo saldrá bien- le dice a la mujer que se encuentra sentada en los asientos traseros. Da un volantazo para no chocar con otro coche. Cada vez más nervioso, intenta mirar su móvil, pero conduciendo a esa velocidad es imposible. "¿Por qué no compraría ese puñetero manos libres que me dijo Estela?", se atormentaba hacia a sus adentros. Bruno se sobresalta con el grito de dolor de la mujer y acto seguido la observa a través del retrovisor, preocupado, ve en sus ojos el miedo y la pena.
- Tranquila, ya estamos cerca, ¿cómo te llamas? -le da conversación en su intento de tranquilizarla.
- Me llamo Silvia Katrova –responde retorciéndose de dolor.
- ¿Silvia? Que nombre más bonito. Bruno intenta usar la radio del Uber para poner una emisora de jazz relajante.
- ¡Joder! –grita mientras lanza el móvil contra la radio. No funciona; siempre le dice a su mujer Estela, que tiene que dejar esa vieja chatarra atrás y financiar un nuevo coche. Se salta otro semáforo en rojo y atraviesa difícilmente una calle angosta. La mujer vuelve a gritar desesperada y dolorida.
- Tranquila Silvia, por favor, se fuerte –le dice Bruno, acongojado. Gracias a sus amplios conocimientos intenta tranquilizarla con un poema de Mario Benedetti, acompañado de profundas respiraciones.

Silvia tiene 19 años. Vino a España desde Serbia hace uno. En su ciudad natal, Petrovac, se dedicaba a estudiar y a ayudar en casa con lo que podía. Su vida cambió el día que marchó a la capital, Belgrado, a estudiar en la universidad y ganar un futuro para poder salir de allí mandando ayuda económica a sus padres. Recuerda ese día como si fuese ayer. Toda la familia se despidió de ella: su madre, su hermano, sus abuelos... Y su padre. A él era al que más echaba de menos: sus risas, sus besos en la frente, el día que le enseñó a manejar una moto, cuando le regaló su primer tablero de ajedrez... En las comidas familiares, sentados alrededor de una larga mesa, siempre contaba anécdotas y que fue él quien eligió su nombre: -En cuanto te vi por primera vez, supe qué nombre te íbamos a poner-

Silvia vuelve a la realidad con un grito desgarrador de dolor y llanto. Sufre tanto que se marea y se tumba a lo largo de los asientos.

- Por favor –le suplica entre sollozos- me duele mucho. Creo que algo va mal.

Nota el latido de su corazón en las sienes. El dolor se hace mortal. Bruno no lo sabía pero Silvia se sentía amenazada, despreciada, violada, denigrada y maltratada. Se sentía secuestrada, explotada. Se sentía obligada. Se sentía sucia, enfadada, dolida. Se sentía vacía por esos hijos de la mierda. Por un extraño motivo, vuelve a recordar sus días en Petrovac. El dinero que le mandaba a su familia no llegaba para cubrir todos los gastos y pensó que debía hacer algo para remediarlo. Encontró en la prostitución una manera fácil de ganar dinero; pero también errónea.

Un día, un cliente habitual, le propuso ejercer la prostitución en Europa. Afirmaba que, en España, ganaría más dinero en un solo año que en ocho quedándose donde estaba. Tras un momento de reflexión, Silvia acepta.

Esa fue su sentencia de muerte.

En cuanto llegó a España, ese “cliente” le retiró el pasaporte. Le dijo que la deuda ascendía a 50.000 €, y que si no pagaba, su familia sufriría las consecuencias. Dar parte a la Guardia Civil no era opción ni de lejos, ya que se encontraba sin papeles, perdida, sin identidad. Ni siquiera se lo planteó la noche que fue violada repetidas veces por ese hombre de hielo. Desde entonces se sentía pequeña. Estaba en un país que no conocía, haciendo algo que no quería, siendo engañada, usada y alejada de su familia. Una familia amenazada de muerte por su culpa, o al menos así lo sentía ella.

- Silvia, ya estamos cerca, aguanta –la voz de Bruno le vuelve otra vez al presente.

El Uber sigue atravesando cruces a gran velocidad sin percatarse de las normas de tráfico. En uno de esos cruces, estuvo a punto de acabar con todo. En cuanto Bruno se percata de que la Guardia Civil lo sigue con las luces y sirenas puestas, estaciona a un lado y baja del vehículo.

Acto seguido, corriendo, se arrodilla frente a la agente, sofocado con una mezcla de susto y alegría da las gracias a todo lo que se le viene a la cabeza en ese momento. Vuelve corriendo al coche y se para frente a la puerta trasera, la abre y los dos agentes echan un vistazo al interior. Se alertan al ver a Silvia retorciéndose de dolor encima de un largo charco de sangre, uno de los guardias coge su emisora.

- Roko, necesitamos urgentemente una ambulancia en calle, una ambulancia en barrio de Goya, ¡ya!
- Dime Olivia, ¿necesitáis refuerzos? ¿Qué está ocurriendo? –le responde Roko desde el otro lado, en un intento de apaciguar a su compañera. Por un instante, esta calla mientras observa triste a Silvia. Se aleja unos metros del coche, -tenemos una chica de parto en el interior de un Uber. Pero algo no va bien. Por favor Roko, manda la ambulancia ya, es urgente-.

Después de poner todo en regla, interrogar a Bruno y vigilar a Silvia, Olivia y su compañero preguntan con toda la delicadeza posible.

- Caballero, ¿tiene usted alguna manta, toalla o algo parecido? –Bruno sin dejar de mirar a Silvia, tarda unos segundos en reaccionar y balbuceando entre sollozos se le llega a entender que todo ha sido muy rápido y que no dispone de nada.

Silvia llora. Sufre. Empuja.

Se acuerda de su familia, sus amistades, del cabrón que le arruinó la vida.

Vuelve a empujar, le laten las sienas.

Le duele inmensamente el alma.

Empuja más.

Está a punto de desmayarse.

El lloro de un bebé le devuelve a la realidad. –¡Es una niña!- le dice un agente. Silvia ha perdido mucha sangre. Se le nubla la vista, sin embargo, logra sonreír a la vez que se le caen las lágrimas de rabia por traer a lo que más quiere a este mundo en el cual, ser una mujer valiente es todo reto.

- ¿Qué nombre le vas a poner? –le pregunta.
- Victoria –responde Silvia sin fuerzas.
- ¡Qué bonito! Y, ¿Por qué? –intentan mantenerla despierta, en la realidad.

Silvia, mientras recuerda a todos esos Hombres de Hielo y el colgante en forma de bate que le regaló Kasandra en aquel burdel, consigue susurrar:

- Jaque mate.

Entonces, entre confusos ruidos y murmullos, cierra los ojos, para siempre.

Andrea Martín González
1º B, 18 años
Tercer Premio BACHILLER Prosa.
Colegio Marqués de Vallejo "El Juncarejo"